

Paisaje antes de la batalla

MICHEL WIEVIORKA
LA VANGUARDIA - 19/04/2007

A escasos días de la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas, el próximo domingo, 22 de abril, la campaña electoral - que parecía seguir su curso de forma rutinaria- acaba de experimentar renovados bríos tanto en las filas de la izquierda como de la derecha. En la izquierda, Michel Rocard, primer ministro con François Mitterrand y a quien pisa los talones Bernard Kouchner, ministro de Sanidad con Lionel Jospin y figura emblemática de la ayuda humanitaria internacional, ha manifestado un deseo en las páginas de *Le Monde*: "Que Ségolène Royal y François Bayrou incluso antes de la primera vuelta hagan saber ambos que cabe la posibilidad de algún tipo de acuerdo entre ellos relativo a una eventual renuncia. Cosa que mientras ha alegrado a François Bayrou, ha crispado al aparato socialista. Y en la derecha, Brice Hortefeux, brazo derecho de Nicolas Sarkozy y ministro delegado para los ayuntamientos, ha respaldado el principio de elección proporcional de una parte de los diputados, idea cara a François Bayrou y a Jean-Marie Le Pen, que ve en ello una oportunidad para poder gozar de cierta autonomía en la Asamblea Nacional donde por ahora dominan los grandes partidos y sus aliados correspondientes.

¿Nos facilita todo esto una visión clara de las apuestas en liza en estas elecciones? De hecho, sí, si se vinculan tales apuestas a las de las elecciones legislativas que se celebrarán a continuación.

Consideremos primero la situación de los candidatos *pequeños*. A la izquierda de la izquierda, se hallan debilitados por los efectos de las elecciones del 2002, cuando su electorado esperaba la segunda vuelta para votar a la izquierda, una segunda vuelta en la que Lionel Jospin no estuvo presente. De golpe, el *voto útil* les priva de una parte de su base, fenómeno que se ve acentuado por las declaraciones precisas y categóricas (Marie-Georges Buffet, Dominique Voynet, José Bové) o más confusas (Olivier Besancenot) anunciando que sus electores serán invitados a derrotar a la derecha en la segunda vuelta: ¿por qué hacerle correr riesgos a Ségolène Royal para, al cabo, darle la victoria en la segunda

vuelta? A la derecha de la derecha, Philippe de Villiers no ha sabido construir su espacio político propio, encajonado como está entre Le Pen y Sarkozy. Y el candidato "caza, pesca y tradiciones" - Frédéric Nihous- confía en obtener un 4% o 5% de los votos.

Reflexionemos, ahora, sobre los *candidatos principales*. Nicolas Sarkozy se esfuerza a la vez en conquistar al electorado del Frente Nacional sin perder fuerza en el espacio de centro de François Bayrou. Y así es como lanzó - con éxito- el tema de la identidad nacional, asociado a la inmigración en términos que halagaban a la extrema derecha, situando en lugar destacado de su campaña a Simone Veil, gran figura del centro conocida por su lucha en favor del aborto a mediados de los años setenta. Tal contradicción no es la única y Sarkozy no se libra de verse sometido a diferentes presiones, sobre todo entre posiciones de otro tiempo de talante abierto hacia distintas comunidades y minorías - en especial las musulmanas- y otras más recientes muy *republicanas*; es decir, tendentes a negarse a reconocer identidades singulares en el marco del espacio público. ¿Gobernará con el Frente Nacional - soltando éste lastre en lo concerniente a una parte de sus ideas y puntos de vista más extremistas- al tiempo que Le Pen pasaría el testigo a su hija Marine, de talante más moderno y menos señalada que él por las cuestiones del antisemitismo o del racismo y más susceptible por tanto de adquirir una cierta respetabilidad? No debe excluirse tal hipótesis.

Ségolène Royal, que parece bien situada para pasar a la segunda vuelta, no se siente muy cómoda en lo referente a su relación con el partido socialista, cuya estructura ha mantenido siempre a cierta distancia e incluso ha menospreciado en alguna ocasión. Ségolène Royal se deja ver en compañía de Jean-Pierre Chevènement, candidato en el 2002 y acusado de haber provocado entonces la ruina de Lionel Jospin, político soberanista de ideas muy republicanas y deseoso de promover la identidad nacional. Si resulta elegida, no distingo francamente con claridad qué clase de dinámica sería susceptible de desbloquear este partido en cuyo seno las correlaciones de fuerzas se hallan en estado de semicongelación.

Por último, François Bayrou no dispone de una organización muy fuerte y sólida, factor que en parte constituye una suerte - así no se le ponen palos en las ruedas- pero que puede preocupar al electorado, que se pregunta con quién podría gobernar. Si gana, o si obtiene buenos resultados como indica la mayoría de las encuestas, podría poner en marcha un aparato político inédito.

No es posible prever con garantías de seriedad los resultados de la primera vuelta, y los institutos de opinión, que apuntan a un notable índice de indecisos (casi el 40%) nos invitan a mostrar una gran cautela. Sin embargo, la situación se ha clarificado y cabe empezar a vislumbrar - aunque de forma muy hipotética- las consecuencias de las elecciones presidenciales sobre el sistema político francés.

En primer lugar, y a plazo bastante corto, cabe pensar en una institucionalización del frente Nacional, un poco en la forma en que la extrema derecha italiana con Fini ha acabado por integrarse en la derecha clásica. A continuación, cabe concebir que la formación de un partido centrista podría acelerarse y empezar a pesar en la escena política incluso a partir de las próximas elecciones legislativas. Finalmente - factor sobresaliente-, cabe sugerir la hipótesis de que la izquierda saldrá de la profunda crisis en la que está instalada desde como mínimo cinco años. La candidatura de Ségolène Royal - se creía al principio- le *atizaba* a Lionel Jospin; después pudo decirse que *atizaba* también a los *elefantes* del partido socialista aunque su campaña no ha arrastrado poderosas y sólidas convicciones a su favor. De hecho, ha *atizado* a todo su partido: su designación da cuenta ante todo de la crisis profunda del socialismo a la francesa en mucha mayor medida que de una fuente de esperanza de renovación.

La idea de la izquierda, en la actualidad, se halla en situación apurada. La izquierda dura sólo sabe fomentar la sospecha, la denuncia, los llamamientos al todo o nada, las posturas de repulsa o rechazo, son ningún elemento constructivo. La ecología política, que era una utopía, ha adoptado una actitud muy a la defensiva y se guía por un partido que se califica de izquierdas y que echa por tierra todos los esfuerzos de su candidata debido a comportamientos

pueriles. El comunismo se ha hundido en tanto que tras la Segunda Guerra Mundial representaba casi un 30% del electorado: ahora como máximo llegará al 2% o 3%. Y la socialdemocracia es una especie de hechizo o sortilegio ya que sólo puede existir mediante la articulación de un partido político sostenido por poderosas fuerzas sociales, que hoy día es imposible encontrar: menos de un 8% de la población activa está sindicada. La izquierda necesita modernizarse con urgencia, dotarse de un liderazgo de calidad y proyectarse hacia el futuro con orientaciones claras combinando apertura al mundo y solidaridad social. La perspectiva de un acercamiento al centro moderno encarnado por François Bayrou traza un escenario en el que, ni dura ni blanda, podría aflorar una nueva izquierda que dejara de correr tras la vieja izquierda y que, sobre todo después de la era de los izquierdistas, en cualquier caso jamás volverá a alcanzar sus cotas, sin al propio tiempo disolverse en el magma de compromisos que caracterizaron la IV República. Desde hace tiempo, la izquierda alemana ya hizo su *aggiornamento* en ocasión de su célebre Congreso de Bad Godesberg; la izquierda inglesa también, con Tony Blair tras la era de Margaret Thatcher. Lo más nuevo, tal vez, que podría resultar de un fracaso - más verosímilmente que de un triunfo de Ségolène Royal- estribaría en la constatación de la muerte de una izquierda, la instaurada en 1971 en el Congreso de Epinay y que permitió el ascenso de François Mitterrand, y en la formación de una nueva izquierda. Mucho se ha comentado, en Francia, que este país vive una crisis de representación política. Lo que anuncian estas elecciones y que apasiona a los franceses es - tal vez- una realidad consistente en ponerlo todo *patas arriba*: la superación de la crisis y la perspectiva de una modernización de nuestro sistema político. Algunos dirán que de una americanización...

M. WIEVIORKA, profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa